

“Si usted insiste en negar nos veremos obligados a emplear otros métodos”. Era como si lo oyera por primera vez. Aquella cara fría e inexpresiva, alejada de mí por la inalcanzable distancia de un espacio vacío, de una gran mesa desnuda. Todo era penumbroso, verduzco, impreciso. Las facciones mismas parecían transformarse. Alta frente despejada, sin color, sobre la que a veces se posaba la mano sobre un mechón lacio. Los ojos estaban perdidos en lo más oscuro del hueco de las órbitas. Lo único que no parecía cambiar era la voz. Voz sin entonación, sin flexiones, pareja, cortada bruscamente por silencios. La voz de quien recita de memoria en tono bajo. Voz sin color y sin temperatura.

Detrás en la sombra podían moverse algunos personajes, o existir puertas simuladas. Pero era ante él solo, ante aquella sola cabeza de la que salía aquella pasta de palabras indiferenciadas, que yo me encontraba.

Ahora me amenazaba. Si yo no estaba allí sino para informarme del paradero de Ana. Hacía tres días que había salido para un corto viaje y no había regresado ni dado noticias. No me dejaron explicar lo que quería. De mano en mano, de empujón en empujón vine a parar frente a aquella mesa, frente a aquella cabeza pálida y parlante, acribillado de sospechas y preguntas.

“Diga usted cómo y cuándo conoció a Pedro Martín, llamado también Rodolfo Martí, conocido igualmente por el apodo de Martel”. Había contestado muchas veces que no lo conocía, que no sabía quien era. Como había respondido, en la misma forma, a la interrogación sobre otros vagos personajes. Eran nombres o sobrenombres de seres imprecisos a quienes acaso yo había podido encontrar o no. Tropezar incidentalmente alguna vez, bajo otro nombre, sin poner atención. Pero ahora lo más importante era precisar, sin sombra de duda, si lo había conocido o no. Alguno de aquellos nombres, alguna de aquellas borrosas fotografías que me mostraban, podían recordarme a alguien que alguna vez conocí. Pero no era seguro. Y, además, corría el gran riesgo de contradecirme.

Era un juego sin término. Ronda continua de nombres, de referencias a personas, de fechas y lugares donde debí estar, donde hice contacto con alguien, y recibí o transmití algún mensaje. Podía ser aquel indiferente vecino de terraza de café que me pidió un cigarrillo o cualquiera de aquellos otros innumerables con los que había compartido un asiento de tren, de avión o de autobús. O uno de tantos hombres y

mujeres que me habían sido presentados, sin casi reparar en sus nombres ni en las fisonomías, en tantas y tantas reuniones y fiestas de amigos y conocidos.

¿Quién era aquel hombre y qué había hecho? ¿Quiénes eran y de qué se los acusaba a todos aquellos sobre los que me hacía preguntas la cabeza solitaria? Debía ser gente peligrosa y muy solicitada por la autoridad. Al través de lo que colegí en el interrogatorio pude saber que habían requisado mi habitación, que habían interrogado a vecinos y personas que decían conocerme. Que tenían algunas informaciones contradictorias de mis antecedentes.

La primera vez que la nombró la designó por su nombre de artista: Ana Purna. Quería saber cuándo la había conocido y qué sabía de sus actividades anteriores a nuestro encuentro.

Tenían un son obscuro y repugnante las cuestiones: “¿Desde cuándo vivían juntos?”. “¿En qué se ocupaba?”. “¿A quiénes veía?”. “¿Estaban casados?”.

No estábamos casados. Simplemente no creíamos en eso. No sabía mucho de lo que había hecho antes. Pero además de aquel seudónimo de artista tenía otro nombre verdadero que no era el que yo le conocía. “No se haga usted el ignorante”. Ana Purna, Livia, Lubov, Birgitte. Nunca le oí esos nombres, ni a nadie llamarla de esas maneras. Pero de un modo mecánico la cabeza repetía su pregunta inagotable. La misma, como si nada significara todo lo que yo decía. “Ese no es su verdadero nombre. Usted lo conoce, dígalos”.

Yo repetía su nombre verdadero, todo lo que de ella sabía, su conducta junto a mí en todos aquellos años. La cabeza se movía negativamente. Hasta que yo callaba. “Nos veremos obligados a emplear otros métodos”.

Yo mismo comenzaba a dudar, a perderme en suposiciones y escenarios que forjaba en la imaginación. Podía ser que hubiera estado engañado todo ese tiempo. Pudiera ser que nunca me hubiera dicho la verdad sobre ella. Acaso, acaso me hacía ver que se ocupaba de algunas cosas mientras en forma oculta se empleaba en otras de las que nunca me habló. Era posible que aquel mercader de cuadros a quien vendía sus telas no fuera eso sino otra cosa. Podía ocurrir que aquel primo, que vino de paso en una ocasión, no fuera sino un agente en una misión secreta. Aquellos paquetes, que a veces permanecían en la casa sin abrirlos y que luego desaparecían, podían ocultar un horrible tráfico de secretos y delitos.

Metido en el laberinto de suposiciones perdía el hilo de la escena, quedaba sin responder a la última pregunta repetida, sentía como un mareo o como un apagón de la conciencia.

“¿Qué hizo usted el día doce del mes pasado?”. Identificar un día entre todos los días

ordinarios me requería un esfuerzo agotador. A qué hora había salido, adonde había ido, con quiénes me había encontrado. Pudo ser el día en que fui en la mañana a la biblioteca pública. “¿Pudo reconocer a la persona que estaba sentada a su lado?”. “¿Cruzó algunas palabras con ella?”. “¿Le pasó un papel?”. A veces había pedido una hoja de papel a un vecino de mesa para tomar un apunte. Recordar los días en que había ido a leer y las personas que se habían sentado junto a mí resultaba imposible. “Usted lo sabe bien. Dígalo”. Se hacía un silencio amenazador y parecía comenzar otra escena.

Ahora estaba sobre la mesa una fotografía. La cabeza me pidió que la reconociera. Era una vieja foto de grupo, amarillenta y borrosa. “¿A quiénes reconoce?”. Eran gente joven reunida en una fiesta de trajes. Vestidos extravagantes, uniformes de fantasía, mujeres a la oriental, mozos vestidos de pirata de cuento con un ojo tapado. No me era fácil recordar dónde fue aquello, ni quiénes eran. Pasaba la vista sobre los menudos rostros olvidados o desconocidos. La voz continuaba interrogando. Allí, ciertamente, estaba yo. Era aquel tipo un poco apartado y triste, que en un extremo parecía mirar hacia otro lado. Debía ser muy joven entonces. Pude reconocer, imprecisamente, dos o tres caras más. Los nombres no me venían o no me venían completos. “Tome su tiempo. Yo no tengo prisa”.

Estaba allí Ana. Era aquella, muy cerca del centro del grupo, con una gran sonrisa y los brazos extendidos sobre los hombros de sus dos vecinas. “Este soy yo”. “Esta parece Ana”. “¿Y los otros?”.

¿Quiénes eran? Todas aquellas faces y gestos congelados en la expresión de un momento. “Vea el tercero de la derecha en la primera fila”. Era un rostro anodino de hombre pequeño. Con los brazos cruzados sobre el pecho. No podía recordarme. No recordaba siquiera dónde pudo haber sido tomada aquella foto. No había sido en mi ciudad. Seguramente en un viaje. Pero estaba allí Ana. Debió ser alguna de las primeras veces en que la tropecé. Mucho antes de que comenzáramos a vivir juntos. ¿O no era ella?

Ahora me preguntaba por la organización. Uno de aquellos rostros era el de uno de los agentes principales de la organización. La organización. Constantemente se mencionaba la organización. Mientras yo más negaba conocerla, ni saber siquiera que existía, más se insistía en preguntarme sobre ella en muchas formas astutas. Se me preguntaba quién me había enrolado. Con cuáles agentes había estado en contacto antes de ingresar al país.

A veces pensaba, por la forma de las cuestiones, que se trataba de un grupo de acción política clandestina. Otras veces me parecía entender que se me acusaba de pertenecer a una red de espías. A una vasta conspiración, a un complot, a una secta secreta juramentada para la subversión, a un plan de insurrección o de terror. O a una red de traficantes de drogas o de armas o de dinero prohibido.

Se me averiguaba sobre conversaciones que había tenido, sobre cartas que había escrito. Cualquier palabra tenía el valor de un indicio.

Siempre volvíamos al nombre de Ana. “Dónde estaba”. “¿Qué estaba haciendo?”. Pocos días antes de detenerme se había despedido de mí para un corto viaje. Cuestión de vender unas acuarelas. No se me creía. Yo sabía y no quería decirlo.

Empecé entonces a sospechar de Ana. A hacer un recuento imaginario de todo lo que podía no saber de ella. A adivinar posibilidades de una vida secreta y oculta de mí.

Con su voz monótona hacía largos recuentos de actividades desconocidas de mi mujer. De creerlo no había hecho otra cosa que actuar clandestinamente con una eficacia siniestra.

Nombraba personas con las que había tenido algún contacto. Una charla en una reunión ocasional. Un encuentro dentro de un grupo en una mesa de café. Luego hacía una larga y detallada reláfica de todas las acusaciones que pesaban sobre aquel individuo.

Citaba lugares y fechas de encuentros fortuitos. Quería saber lo que habíamos hablado. “¿Hablaron de la organización?”. “No”. “Pero usted tenía que saber que pertenecía a la organización”. “No”. “Usted conoce la organización”. “No”.

Todo lo que yo afirmaba o negaba terminaba por ser comprometedor. Terminaba por dudar si había sabido más de lo que creía saber, si había participado más de lo que una simple frase de comentario podía significar, si había, ciertamente, ido más lejos y me lo negaba a mí mismo.

“¿De qué hablaron?”. Tenía que reconstruir una conversación banal olvidada. Cualquier palabra mía se convertía en punto de partida para otra pesquisa. Haber oído hablar de una manera crítica de las instituciones sin oponerme enérgicamente. Haber preguntado por la suerte de algún enemigo señalado. No haber comunicado a quienes podían y debían actuar cualquier sospecha que hubiera tenido.

Aquel contertulio ocasional, el de aquel día o el del otro día, podía ser un enemigo de la sociedad, del orden establecido, de la ley y de la causa.

Recordaba aquellas consejas infantiles en que la acción o el olvido más banal terminaba por provocar las más pavorosas consecuencias. De una palabra que yo había oído, de una frase que no había refutado, de una actitud que no había denunciado me había convertido en responsable y cómplice de los peores males.

Y no una vez sino muchas. En cada ocasión en que estuvo frente a mí alguien que dijo

una frase en todas cuyas consecuencias yo no paré mientes.

“La verdad es que yo nunca me he interesado por esas cosas”. “¿Por esas cosas?”. La cabeza me miró iracunda. Esas cosas eran las más importantes y graves. Tenían que ver con la seguridad y el bienestar de todos. La suerte de millones de seres podía depender de que aquello se supiera o no se supiera, de que aquello lograra prosperar o fuera detenido a tiempo. “¿Entiende usted lo que esto significa? Es una cuestión de salvación”.

Alguna vez me habían hecho esa misma pregunta u otra muy parecida. A mí o a otro. O lo había leído. Al hombre sentado en el banquillo frente al hombre que interroga.

“¿Sacó las siete copias y las envió a los siete conocidos por correo?”. Me mostraba una hoja de papel mecanografiada. La habían hallado posiblemente entre mis papeles. Entre tantas cosas insignificantes y azarientas como se acumulan en el día de un habitante de la ciudad. Programas, circulares, literatura de remedios, recortes de periódicos, sobres vacíos. “Rece tres veces a las nueve y a las tres la oración del Ángel. Comuníqueme su intención. Insista durante tres días. No le oculte nada y cumpla todas sus instrucciones. No rompa esta cadena. Un hombre en La Florida...” Pretendía hacerme ver que era una clave secreta por medio de la cual yo me comunicaba. “La Florida es un barrio de esta ciudad, el nombre de una calle está disimulado en esas palabras y también el número de una casa. Es una casa que conocemos y donde han vivido agentes de la organización”.

El inquisidor preguntaba sobre los ángeles. ¿Qué me decía aquel ángel tan velada y oscuramente? Ángel de legión, de dominación, de potencia. El ángel se valía de la voz de una persona ignorante, que no se daba cuenta de lo que pasaba al través de ella. Solo los muy avezados sabían distinguir los mensajes del ángel dentro de la garrulería insignificante del poseso. Ante todo importaba saber si era ángel bueno o ángel malo. Enviado de Dios o del demonio. La más secreta y prodigiosa información podía estar como un hilo de oro entre el alud de tantas palabras vanas. Mensaje celeste o infernal. Mandato del Anti-Cristo. La sombra de una duda sobre el dogma. Sobre la enseñanza infalible. Se podía llegar a estar al servicio de las potencias del mal sin saberlo. ¿Qué sabía de la organización? ¿Qué sabía de la herejía? ¿Estaban o no dentro de la gracia, iban a ser redimidos o no los indios y los negros? Todo era tan sutil que era fácil confundirse. A cada pregunta se abrían abismos de error y de perdición.

Ser un agente del demonio sin darse cuenta. Un lento proceso de degradación de las enseñanzas y los principios. Se iba uno apartando de la verdad insensiblemente. Para terminar en réprobo, en hereje, en traidor, en relapso, en endemoniado que ni siquiera la confesión podía salvar.

“¿Qué decía su mujer de esto?” que iba a decir, si es que alguna vez había dicho algo que no fuera el comentario trivial sobre un asunto sin importancia. “Ella conocía la

clave que estaba oculta en la cadena”.

No cambiaba la luz y no podía saber si amanecía o atardecía, si era el mismo día u otro. Era la misma cabeza, la misma voz que preguntaba las mismas cosas. Sobre ella, sobre alguno de los personajes de la vieja foto. (Había una cierta expresión de temor en los ojos de los del grupo. Debió ser una foto tomada en los tiempos de las explosiones deslumbrantes de magnesio). Sobre gentes que conocía pero sobre las que no sabía lo que preguntaban, sobre fechas y lugares imposibles de precisar.

Perdía el hilo a trechos y regresaba como si despertara. Volver en mí. ¿En cuál? Sobre el potro tendían a los reos, en el tripalium y las ruedas le estiraban las extremidades. Arrancar uñas, quebrantar huesos, suspender, colgar. Tortoles, cepos. Pero una sola voz que repetía la pregunta sin cansancio. Mancuerda, garrote. Cada vez más difícil de entender, cada vez más riesgosa de responder.

“¿Cuándo la vio usted por última vez?”. “¿Acostumbra usted almorzar en la casa?”.

“¿Acostumbra usted almorzar en la casa?”. Era la pregunta que hacía el encuestador que tocaba a la puerta a deshora con su libreta de sondeos. “¿Tenía encendida la televisión?”. “¿En cuál canal?”. “¿Qué recuerda de lo que vio?”. “¿Qué leyó esta mañana en el diario?”. “¿Qué sección mira de preferencia?”. “¿A qué hora lee?”. Tenía que hacer el esfuerzo de explicar los hechos más mecánicos e insignificantes. No se sabe muy bien por dónde se comienza a leer el diario. Y si lo que yo dijera no era exactamente la verdad y lo que otros respondieran tampoco lo fuera, podía ocurrir que los diarios tuvieran que alterarse por completo y hacer que yo no pudiera leerlos en la forma acostumbrada.

“¿Es que le ha ocurrido algo a mi mujer?”. No me respondió. No era él quien tenía que contestar preguntas, era yo.

Aquél a quien la cabeza inexpresiva creía interrogar. El agente secreto, el conspirador, el servidor de la organización, el cómplice de la misteriosa mujer, el que estaba al servicio del mal para destruir todo lo que era bueno y verdadero.

Empecé a no darme cuenta y a confundirme sobre las preguntas. A ratos caía en una especie de hipnosis durante la cual no sé lo que haya podido contestar.

En algún momento debíamos terminar, o por lo menos interrumpir. Me percataba de que todo aquello se reducía a la sola cuestión de averiguar quién era yo. Pero ahora más que nunca me hubiera sido imposible responder.